

## **El ridículo de las malditas siglas en la cultura. Un texto para la toma de decisiones: un caso real.**

---

Creo que el Suplemento Cultural del ABC de los sábados es el mejor de los que ofrecen los periódicos en España. El 28 de octubre del 2000, bajo el apartado de *Artes de deriva* leí un texto -*Contraseñas* de Rodrigo Muñoz Avia- que te presento. Es un texto socarrón, pero tremendamente exacto en su crítica.

**Por favor, ¿podría usted decirme donde está el MNCARS?**

El otro día, cuando iba yo camino del Reina Sofía a una inauguración, un matrimonio de turistas americanos me espetó esta pregunta a bocajarro. En su condición de anglosajones, los americanos no tuvieron demasiadas dificultades de pronunciación, desde luego, pero esa extraña conjunción de letras que me señalaron escrita en un pedazo de papel, MNCARS, me pareció cualquier cosa menos una palabra española. Lento de reflejos, aturdido por lo apremiante de la pregunta, pensé que el MNCARS debía ser un circuito automovilístico, o un restaurante turístico cuyas mesas son coches descapotables, y le dije a los americanos que estaban equivocados, que ese tipo de parques temáticos solían estar en las afueras de la ciudad, pero que yo no podía ayudarles más. Sin venir en absoluto a cuento, los americanos me dijeron que eran de Wisconsin y se fueron tan contentos. Por mi parte, caminé de nuevo hacia el museo y pensé en lo extraña que resultaba la presencia de esa clase de turistas en el barrio del Reina Sofía. Al mismo tiempo, intenté pronunciar para mis adentros la susodicha palabra (MNCARS), pero no tuve mucho éxito.

No había caminado ni veinte metros cuando me di cuenta de mi absurda confusión. El MNCARS por el que preguntaban los americanos no era otra cosa que el Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía, nombre largo y reiterativo donde los haya, es cierto, pero que no justifica en absoluto su sustitución por unas siglas tan cacofónicas como esas. Me di la vuelta con la esperanza de divisar a los americanos de Wisconsin, pero éstos debían haber desistido de encontrar el MNCARS y sin duda estaban ya buscando algún que otro tablao flamenco en la zona.

Este incidente me permitió reflexionar sobre los nombres que reciben en los últimos años los centros de arte contemporáneo. Me acordé del MACBA o del CCCB en Barcelona, del IVAM en Valencia, el CGAC en Santiago, el CAAM en Las Palmas, el MEIAC en Badajoz o el CAAC en Sevilla, y deseé no tener que preguntar

nunca por la ubicación de ninguno de esos centros en alguna de las ciudades respectivas. Pensé que las siglas siempre tienen algo frío y críptico y me pregunté si eso sería intencionado en este caso, si acaso estas denominaciones respondían a una intención de cifrar el acceso al arte, de establecer una suerte de contraseña, como si ya el propio nombre de la institución artística marcara una distancia con el ciudadano de a pie. Estos centros de arte tienen algo de clubes privados, o así lo querrían los que los bautizaron. Pronunciar las palabras MACBA o CGAC, acceder a sus espacios reservados, requiere haber superado un rito de iniciación muy propio de los tiempos que corren en el arte, invadido de palabras, de conceptos, de significantes y significados ocultos, de lenguajes por doquier que codifican los grandes gurús y que sólo sus camarillas de seguidores saben descifrar.

Pensé que todos esos nombres tenían algo muy científico (como la NASA o el CSIC) y que en realidad esa sería la máxima aspiración de muchos, convertir el arte en una ciencia exacta, en una investigación con parámetros objetivables y unívocos, y así borrar para siempre la subjetividad. Sería el triunfo definitivo de un nuevo modelo de arte: el arte del sabio, el experto, el teórico, el iniciado, y no el arte del talento, la sensibilidad o el genio. Sería el triunfo del discurso sobre lo inefable de la plástica, y una derrota para el espíritu.

Francamente irritado por el resultado al que me habían conducido mis reflexiones, llegué al fin a las salas donde transcurría la inauguración y me topé de bruces con la ministra PdC, máxima responsable del MEC, con LAdC, secretario de Estado de Cultura, y con JMB, el director del MNCARS. Traté de esquivarles como pude, pero entonces me vi inmerso en un grupo donde, entre otros, me pareció ver a KdB, MFC y MB-V, los directores respectivos IVAM, el CGAC y el MACBA, y también a algunos conocidos de ARCO, la SGAE y VEGAP. Al parecer estaban hablando del MOMA de Nueva York, del MOCA de Los Ángeles (LA) y de algunos otros museos de EE.UU. Entonces alguien me preguntó a qué me dedicaba en los últimos tiempos, y yo, aturullado y nervioso, traté de recordar el nombre de algún otro museo conocido:

-Bien... eh... ahora estoy trabajando para el INEM.

-¿El INEM? -preguntó esa misma persona-. ¿Trabajas en la oficina del paro?

- 1. Muchos ciudadanos no optan por nuestros/sus museos, auditorios, bibliotecas..., porque el mismo nombre ya es un obstáculo. ¿Por qué se opta, en tu entorno, por el oscurantismo de las siglas para denominar museos, orquestas y otros servicios culturales?**
- 2. Sugiere o rebautiza, con nombres recordables, memorables, que expliquen lo que contienen y ofrecen los museos, orquestas, auditorios de tu entorno que han sucumbido al esnobismo críptico de las siglas.**
- 3. ¿No crees que la mayoría de títulos con que frecuentemente se presentan exposiciones y acontecimientos culturales requieren un rito de iniciación? ¿Qué hacer para que sean títulos espléndidamente atractivos? Busca algunos de estos títulos crípticos y reinvéntalos al lado para que los ciudadanos los entiendan.**
- 4. En el mundo de la gestión cultural hay demasiados gurús que deberían estar en el INEM: son los de la cultura del sabio, el experto, el teórico, el iniciado... ¿Por qué estamos todavía aquí, tan lejos de la cultura que se relaciona y recrea constantemente con los ciudadanos?**
- 5. Pon en una lista todas las siglas de tu organización cultural y, al lado, su nombre común. Si el nombre común es demasiado largo o pomposo, propón otro.**

**Toni Puig/tpuigp@hotmail.com**